

El inexorable ocaso industrial

JORDI PALAFOX

El mejor profeta del futuro es el pasado”, escribió Lord Byron. Si, como la evidencia indica, su constatación está cargada de razón, la relevancia del sector industrial valenciano camina hacia su ocaso. De manera inexorable, además. Sin duda, ello se debe a la falta de interés de quienes desde hace once años ocupan la Generalitat, para articular un conjunto de medidas que puedan denominarse política de fomento de la I+D en la industria. Las prioridades han sido otras y algunas consecuencias son ya visibles. Otras seguirán si se siguen dilapidando recursos en proyectos descabellados. La globalización no es coyuntural y China o Europa del Este han irrumpido en el mercado internacional de manera permanente.

Pero el nada brillante futuro de la industria —no confundir con el de algunas empresas— es también resultado del cambio estructural asociado al crecimiento; a la transferencia de recursos entre sectores a medida que la renta por habitante aumenta. Desde la agricultura a la industria durante las primeras etapas del crecimiento económico moderno y desde la industria a los servicios como en las últimas décadas y, con seguridad, en las próximas. De esta forma, en el largo plazo la reducción del peso de la manufactura en las economías avanzadas y el aumento paralelo de los servicios es incontrovertible.

La UE de los 15, más avanzada que la ampliada a 25 países en 2004, puede servir de ejemplo. En 1979, la manufactura aportaba el 27,4 % del valor añadido total (más un 11,8% de minería, construcción y agua, gas y electricidad). En 2001 la proporción había descendido al 19% (más un 8,8% de las tres mencionadas). Y en los últimos cinco años la caída no se ha detenido. En el mismo período, los servicios han pasado del 57,5% al 70,4%. El fenómeno no es una excepción dentro de las áreas avanzadas. En Estados Unidos, en 2004 el valor añadido de la manufactura suponía el 12,7% del PIB. ¿Los servicios?: el 77,2%. En el empleo, la evidencia es todavía más contundente.

Confusión total

Por eso mismo, sorprende la contumacia de algunos representantes empresariales, y bastantes ignorar del mundillo político de signo diverso, por defender una especie de supremacía moral de la industria. Así, bastantes mantienen una línea argumental similar a la del presidente de la CEV, J.V. González, quien hace unos meses declaraba a EL PAÍS que “la industria da estabilidad a medio y largo plazo” y que no se puede “construir una sociedad avanzada, de conocimiento, en la que trabajan muchos universitarios, sin industria”.

De esta forma, se infiere que para asegurar nuestro bienestar futuro, es necesario que la industria no reduzca su peso en el PIB. El atrevimiento llega, en algún caso, a cuantificar la contribución mínima, sin percatarse de que la cifra defendida es un 50% más alta de la de Estados Unidos, cuya renta por habitante —por no mencionar la productividad— es superior en bastante



Un operario manipula una bobina de hilo en la factoría de la empresa textil Ferry's en Canals. / CARLES FRANCESC

más de un 50% a la de los valencianos. Un detalle, opino, que invita a la prudencia al hacer aseveraciones de este tipo. Y para aumentar todavía más la confusión, los mismos gobernantes autonómicos que han impulsado, si no sufragado indirectamente, una expansión sin precedentes de la construcción residencial, (con la irrecuperable destrucción del medio natural) pretenden ahora aleccionar a los empresarios acerca de la necesidad de reorientar la actividad productiva invirtiendo en capital humano, tecnológico y empresarial. Todo un ejemplo de la bíblica aseveración de que una mano no sepa lo que hace la otra.

Como reitera entre otros la Comisión Europea (COM 2004, 274 Final) el aumento de los servicios en detrimento de la industria genera dificultades de ajuste —y muy graves para los implicados— pero es una consecuencia del progreso económico. La reasignación de recursos productivos es esencial para mantener la competitividad y el crecimiento sostenido. Y así ha venido siendo en las economías más avanzadas. Los problemas de la economía valenciana no son pues sólo una industria en declive y en reconversión ante los embates de la globalización. Nuestro principal problema es que el sector servicios, tan sólo el 60% del PIB, está casi todo él conformado por actividades de muy bajo valor añadido: mucho pequeño comercio y muy pocas empresas financieras, de marketing, asesoría legal, programación informática, etc. Es aquí en dónde se debería centrar el fomento del I+D entre nosotros.

Los servicios son la clave

Sólo en actividades de elevada productividad es posible una retribución elevada de la mano de obra. La tienda, o el bar, de la es-

quina, no pueden deslocalizarse y estas ramas de los servicios, sí. Pero la oferta de trabajadores para los primeros es ilimitada ante el avance de la globalización, y una descabellada política inmigratoria y, como consecuencia, sus salarios bajos. Si puestos de trabajo como estos son los mayoritarios, los salarios de la mayoría de la población serán muy inferiores a los de otra economía en donde las actividades de alto valor añadido tengan mayor peso.

Como es obvio, transformar los servicios no es fácil. De nada sirve la cantinela de que hay que impulsar el I+D+i sin concretar recursos ni de qué I+D se habla. Pero hay además dos cuestiones a señalar aunque no sean “políticamente correctas”. La primera es la escasa cualificación de gran parte de los empresarios que son quienes invierten y crean empleo. Aumentar la cualificación educativa de la población, la capacidad de absorción tecnológica de la que hablaba Abramovitz, puede ser inútil si los puestos de trabajo que se crean son no cualificados. Y parece difícil una expansión de los cualificados si quienes los generan —que son los mismos con capacidad para incorporar I+D y aumentar la productividad—, poseen niveles de cualificación modestos. De ahí la necesidad de no retrasar por más tiempo el debate sobre el papel a cumplir por las universidades públicas en la creación de “espíritu empresarial”.

La segunda es evitar la confusión entre el mandato democrático para gobernar, o la pretensión de obtenerlo, y la capacidad de dirigir el mercado. Terra Mítica —y hay más ejemplos— debiera ser antídoto suficiente contra esta extendida pretensión intervencionista. El objetivo central de los admi-

El aumento de los servicios es una consecuencia del progreso económico

El 60% del PIB valenciano lo forman actividades de muy bajo valor añadido

nistradores debiera ser la transparencia y la igualdad de oportunidades para que los más capaces conduzcan a la economía a mayores niveles de renta por habitante. Y dejar a la política fiscal la función redistributiva (incluida la lucha contra el fraude). El favoritismo de estos once años pasados ya sabemos dónde conduce.

Por eso mismo, y salvando todas las distancias, las ideas de algunos políticos del PP o del PSPV acerca de los sectores a fomentar por la administración, traen a la memoria la indignación de Romà Perpinyà Grau cuando escuchaba que los problemas económicos de España eran enteramente nuevos. “Cada vez que oigo tamaña muestra de incultura pienso que si en España —“en la Comunidad Valenciana en nuestro caso”— se hubiera estudiado como se debía la ciencia económica [Informe L8789;=>@BCEFGIJP] ésta ha andado lo suficiente para tener conocidas las construcciones teóricas necesarias que hagan comprender los fenómenos económicos presentados o cuando menos darnos los elementos necesarios para el análisis de sus características especiales sin tener que recurrir a improvisaciones y tanteos de ciegos”.

Estudiar los muchos informes realizados en otros países y analizar cómo se pueden aplicar aquí para aumentar los servicios de mayor valor añadido (lo que exige también modificar las prioridades presupuestarias) forma parte de la solución al ocaso industrial. Lo demás es, desde la perspectiva del bienestar de los valencianos, perder el tiempo. Lo mismo, aunque no lo parezca, que se ha hecho durante estos últimos once años.

Jordi Palafox es catedrático de la Universidad de Valencia en sabático en la EHESS de París.